

Ven donde reina la calma
Una indagación

Vanessa Vu
Ahmad Katlesh

Traducción de Carlos Fortea

Primera edición, enero de 2026

© Nota al margen, S. L., 2025
Plaza de las Salesas, 7
28004 Madrid

Título original: *Komm dahin, wo es still ist. Eine Erkundung*

© del texto, Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg, 2024
© de la edición, Nota al margen, 2025
© de la traducción de alemán, Carlos Fortea
© de la traducción de árabe, Malika Embarek López
© del diseño de cubierta y composición, Comba Studio
© de la ilustración, Estefanía Córdoba
© de la fotografía, atercorv / Envato

ISBN: 978-84-09-71483-4

Depósito legal: M-18746-2025

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Recuerdos paralelos	13
Puente sobre dos olas	55
Donde no nacen las palabras, vagan los espíritus	87
Auriculares para amortiguar la muerte	147
Ven donde reina la calma	169
Epílogo	201

A nuestras madres, gnãH y بيسرى
,nahcucse euq sanosrep sal sadot a y
adiugesne nadneitne on euqnu

Esta es la historia de una aproximación entre dos personas que están en Alemania, aunque no deberían estar allí, y que no pueden entenderse, pero quieren hacerlo a toda costa. Así que se revuelven entre recuerdos enterrados, recurrentes y no disponibles, los meten en correos electrónicos —él en árabe, ella en alemán con salpicaduras en vietnamita— y los pasan por programas de traducción automática. Es una historia de rupturas y puentes, de ascensión y caída, de la imposibilidad de hablar de la violencia, de miedos, juegos de ordenador y fantasmas, y quizá, en realidad, al final, también es una historia de amor.

Recuerdos paralelos

Diciembre de 2021

Querido Ahmad:

Te escribo desde mi antiguo cuarto de infancia, en el que hace más de diez años que se ha detenido el tiempo. En todas las visitas quiero hacer limpieza: tirar cosas inútiles, eliminar reliquias molestas de mi antiguo Yo, hilar tan solo unos pocos recuerdos. De algún modo, he sido siempre demasiado perezosa, y hoy me alegro en secreto de haber engañado a la vida, en este lugar apartado, con una lógica irrevocable: que todo tiene que seguir adelante, sea como fuere. Pero aquí nada ha seguido adelante. Cada año me asombra más la vida que he dejado atrás. Los detalles que he olvidado hace mucho.

Ahora mismo, tan solo te echo de menos. Aunque hemos pasado muy pocos días juntos, estar tan lejos de ti tiene algo de frío, de antinatural. Mis padres han abierto todos los radiadores de la casa, probablemente es su forma de acoger en sus brazos a sus hijos adultos. Por regla general, nos pasamos la mayor parte del tiempo en el salón, a algunos centímetros de distancia unos de otros, cada uno con una pantalla, cada uno con una taza de manzanilla o infusión. Este año mi madre sirvió té de crisantemo y, por eso, hubo nuevo tema de conversación.

Pero ahora todos se han retirado a sus habitaciones, y a la general soledad se ha unido un vacío en el que ni siquiera

un radiador muy caliente puede cambiar nada. Es casi como antes, cuando solía sentarme sola al escritorio y me salvaba escribiendo y huyendo a otros mundos. En algún momento llegó Internet, y encontré desconocidos que me contestaban. ¿Sabes por dónde solía moverme más? Mi lugar favorito era la columna de comentarios de las grandes páginas de noticias, allí discutí un día, oculta tras un avatar, sobre política nacional y mundial, y puse a prueba argumentos abstrusos, por puro gusto por el intercambio de golpes. También escribía blogs y chateaba con desconocidos hasta que me pedían una cita o una llamada telefónica. Nunca las aceptaba.

No es que tuviera nada que ocultar. No inventaba nuevos personajes o biografías, era más bien una variante incorpórea y muda de mí misma, e insistía en serlo. Solo quería estar hecha de palabras tecleadas, de ideas, opiniones, conocimientos, y salir con ellas al paso de otras ideas, opiniones y conocimientos. El mundo material, en el que me veía presa —y eso incluía, desde que tengo capacidad de pensar, mi cuerpo—, me repugnaba. De niña, por ejemplo, habría preferido ser un chico. Los otros niños se reían ante mi declaración de que era como ellos, pero me aceptaban en sus bandas, y podía esgrimir palos y correr con ellos por el bosque. ¡No podía gritar como ellos y era la más bajita, pero servía para guardar secretos o transmitir mensajes! Por desgracia, el resto del tiempo tenía que ser una chica, y me entristecía no tener por lo menos la piel clara, o ser rubia, o tener la carita redondeada, o ser encantadora de cualquier otra forma. En el desván, entre viejos cuadernos escolares y blocs de notas, aún quedan viejos dibujos en los que me pintaba blanca como la nieve, con el pelo rizado y grandes ojos redondos, azules y radiantes. Fue probablemente el primer otro Yo que inventé, los siguientes los fui desarrollando palabra a palabra con mi teclado.

Uno de los desconocidos con los que chateaba era el hijo de un reverendo. Sus padres eran misioneros en Papúa Nueva Guinea. Durante semanas, hice que me hablara de la vida en

una isla al otro extremo del mundo, y de lo que hacen hoy en día los misioneros... hasta que me escribió que sentía algo por mí. Por miedo a herirlo, respondí de manera ambigua y acepté enviarle fotos, torpes selfis hechos en diagonal con una cámara digital. Pero cada vez sentía más asco de mí misma y de sus «qué preciosa», así que le escribí que no lo amaba. Él se quedó sorprendido y yo, avergonzada.

Otro amigo con el que chateaba era un punki del pueblo de al lado. Tocaba la guitarra, y me gustaba que me recomendara música, Sum 41, Death Cab for Cutie, Kettcar, esas cosas. Pero él maldecía cada vez más a los neonazis y decía que, si me molestaban, les daría una paliza. Me veía obligada a decepcionarlo una y otra vez. Desde luego que conocía a neonazis (donde yo he crecido no hacía falta buscarlos), pero los mantenía a distancia, como todo el mundo, e incluso si no lo hubiera logrado, lo último que quería era a alguien que se subiera por mi causa a un tren y armara una pelea.

Mi mejor amigo digital era un chico del curso superior al mío, seguimos siendo muy amigos. Era el único extranjero que había en el instituto aparte de mí, su familia había llegado de Bulgaria hacía pocos años. Yo quería relacionarme con él a toda costa, pero no sabía cómo, porque era uno de esos chicos guais que tenían mejor aspecto que el resto, llevaban ropa de marca, sacaban mejores notas, organizaban fiestas y estaban metidos en todo. A mí aquello me intimidaba, así que le escribí con un seudónimo y, sorprendentemente, nos convertimos el uno para el otro en algo así como un diario que respondía. ¿Quizá porque en el chat yo no escuchaba su fuerte acento y él no me veía? Envueltos en esa seguridad, nos escribíamos todas las noches hasta cansarnos.

Por desgracia, a las pocas semanas adivinó quién era y trató de integrarme en su auténtica vida, por ejemplo, trató de invitarme a fiestas. A mí me costaba, así que lo dejamos en los chats. Por supuesto, otros se enteraron de que teníamos algo que ver fuera del colegio. Sospechaban una secreta relación

amorosa o, peor aún, que no éramos capaces de acercarnos. Los chicos se burlaban de él diciendo que era cobarde y poco viril, y a mí todo aquello me resultaba terriblemente incómodo. No tenían ni idea de lo que había entre nosotros, y puede que nosotros tampoco.

Hoy, yo diría que el anonimato era la condición para que pudiéramos encontrarnos, la condición para que yo pudiera encontrarme con otras personas. Lo que en última instancia nos unía era la sensación de angustia dentro de aquella sociedad provinciana. Solo sabíamos que no queríamos ser lo que todos los demás pensaban de nosotros o esperaban de nosotros, pero no sabíamos quiénes queríamos ser en vez de eso. Sin duda teníamos nuestras profesiones —yo siempre quise ser periodista y él, psicoterapeuta—, pero faltaba el espacio para pensar sobre qué clase de personas queríamos ser. Éramos como dos alienígenas que han aterrizado por error en la Baja Baviera, e hicieron falta muchas series americanas y libros sobre racismo, migración, discriminación y psicología humana para entender a medias de dónde provenía nuestra alienación.

¿Cómo iba yo entonces a poder entender y valorar lo que significaba que una chica me gritara, despectiva, que me volviera a la selva? ¿O, aún peor, que tenían que llevarme a una cámara de gas? ¿Que todas las demás chicas dijeran que les daba envidia mi piel morena? ¿Que las profesoras se sorprendieran de que tuviera muy buenas notas en alemán, y una compañera observara picajosa que eso solo era porque como era una niña extranjera me habían dado refuerzo en el colegio (habría preferido ahorrarme aquellas clases a medio día)? ¿Dónde terminaba el reconocimiento, dónde empezaba el insulto? ¿Qué era mera expresión de frustración, qué era ideología? Sentía que muchas cosas estaban mal, pero... ¿qué habría debido hacer? ¿Qué habría podido hacer?

El único camino que conocía entonces era la huida hacia mi interior, muy lejos de todos los demás, muy lejos de mi propia piel. En las fotos de clase ponía una pegatina encima

de mi cara, de puertas afuera me mostraba independiente y rebelde. Mi imagen de perfil en Messenger era un apunte en un bloc con las palabras *I hate everyone*.

No sé si entonces, en aquel lugar, dentro de aquel cuerpo, habría podido hacerlo bien. Hoy diría que no. Tenía que salir. Tenía que atribuirme identidades virtuales. Y aunque hoy, en esta habitación, pueda sentir nostalgia, lo que predomina es una gran angustia. Siento dolor por esa chica que prefería estar hecha de píxeles que de carne y hueso.

Pero no quiero terminar de un modo tan lacrimoso. De alguna manera, conseguí salir, y abajo hay un árbol de Navidad. Aunque aquí cada uno es raro a su manera, siempre estoy muy a gusto con mi familia. Una distancia entrenada también tiene algo de tranquilizador. Quizá un día pueda traerte aquí, pero primero me gustaría saber cosas de ti.

¿Eras un adolescente introvertido? ¿Cómo era una juventud en el Damasco de la década del 2000? ¿También creciste entre chats y Messenger? ¿Con cuáles?

Tu Vanessa

عزيزتي فانيسا،

Querida Vanessa:

¿Hay buenos poemas llenos de alegría? No lo sé. Solamente me acuerdo de los tristes, pero me gustaría escribir uno.

هل هناك قصائد فرحة جيدة؟ لا أعرف ولكني أريد أن أكتب واحدة.

Cuando te leí, quise llamarte enseguida, pero probablemente solo habríamos jugado un rápido *ping-pong* mental.

Pero para mí es una necesidad responderte largo y tendido, y eso solo puedo hacerlo en mi idioma, en árabe, corriendo el riesgo de que se pierda algún detalle si utilizas el traductor de Google para entender mis palabras. Me gustaría escribir en mi idioma, que se me encoge en esta ciudad. Con la gente que comparte mi lengua materna, solo puedo mantener un intercambio limitado, porque, con el estallido de la revolución en 2011 y la guerra civil reinante desde entonces, en Siria toda comunicación viene acompañada de miedo y desconfianza. Nunca se sabe dónde se sitúa la otra persona desde el punto de vista político, a quién es leal y cómo ve las cosas. Por eso las gentes se apartan unas de otras. Al mismo tiempo, evito compartir reflexiones con los alemanes, porque rápidamente me asignan el papel de víctima.

Te escribo en árabe porque esta lengua es el único puente que me lleva por encima de todas estas aguas inquietas. Aprovechemos la escritura como puente, aunque la metáfora esté un poco gastada.

Me has preguntado por mi juventud en Damasco. Como tú, hice mis primeras amistades por Internet. No porque mi sociedad fuera demasiado racista o porque sufriera el rechazo de los profesores o compañeros y compañeras; lo sufría en mi propia familia. No quiero dramatizar más de la cuenta, pero era, de seis hermanos, el niño no querido, el niño marginado. De hecho, en una ocasión oí decir a mi padre que no me quería, y que hubiera preferido que mi madre no me hubiera tenido. Me lo explicaba diciéndome que era feo. Era el niño amable y cortés que mandan los cánones, por lo que a mi padre le resultaba aburrido e indigno de ser enseñado. También fuera de mi familia me comportaba así, siempre era muy retraído. Solo tuve una buena relación con mi abuelo, pero de eso hablaremos más tarde.

Cuando llegó Internet y fue posible hablar *online* con personas de similares intereses, para mí no fue solo una liberación, sino también el comienzo de mi carrera como autor.

Al mismo tiempo empecé a estudiar y a trabajar en la tienda de telas y cortinajes de mi padre, porque no me gusta vivir a costa de otros. Nunca le pedí a mi padre que me comprara un ordenador, en vez de eso me escapaba por las noches a un cibercafé que estaba a media hora de distancia de nuestra casa a pie. En lugar de estudiar, debatía en diversos foros sobre cuestiones de cultura, religión, política o forma de vida. También había chats en los que la mayoría de los jóvenes charlaban o iniciaban relaciones, pero yo no encajaba del todo en ellos. Seguro que resultaba enervante, porque siempre quería analizarlo o cuestionarlo todo. Así que pasaba las horas en foros de cultura y, allí, posteé mis primeros textos. Para mí, era exactamente el lugar adecuado en el que conseguir la atención y el reconocimiento de otros. Pero, mirando atrás, me doy cuenta de que los foros culturales eran asimismo espacios en los que los hombres localizaban y molestaban a las mujeres con el pretexto del intercambio intelectual. Para muchas mujeres que querían intervenir, los foros eran zonas de constante batalla, en las que tenían que prolongar las luchas patriarcales que mantenían *offline* y las habían empujado a Internet. Y sigue ocurriendo hoy en día, pocos quieren realmente leer y aprender algo. Visto así, los espacios de puro chateo por lo menos eran más sinceros.

En Siria no está bien visto ir al teatro o participar en actividades culturales. Los intelectuales y artistas culpan de eso al carácter conservador y religioso de la sociedad, pero en el fondo también los intelectuales y artistas conforman círculos exclusivos en los que predominan determinadas ideologías, se persiguen intereses propios y no se tolera ninguna crítica.

Nunca quise pertenecer a uno de esos grupúsculos, pero, aun así, buscaba el intercambio y lo encontré en los foros. En mi caso, eran los mejores lugares para conocer a personas nuevas fuera de mi entorno inmediato. En ellos, la mayoría emplea apodos. Con las mujeres podía entenderlo, porque a muchas ni siquiera les permitían conversar *online* con desconocidos, y

con nombres neutrales podían ser percibidas fuera del cliché que se les asignaba. Pero aún hoy sigo sin entender por qué también los hombres se ocultaban detrás de apodos. Quizá era una oportunidad de reinventarse.

Yo tenía varios apodos, voy a decirte aquí los menos lamentables: «Quasimodo», por ejemplo, aludiendo al campanero de Notre-Dame, porque me consideraba muy feo, pero también «El de la larga sombra» o «Akaki Akakievich», como el protagonista de *El capote*, de Nikolái Gógol. Aún conservo una dirección de *e-mail* con el apellido Akakievich, que utilizo cuando no quiero dar a conocer mi nombre.

Exactamente igual que tú, de adolescente hice amistades en los foros culturales, algunas de las cuales aún perviven. Aprendí a mejorar mi técnica de escritura, y eso sin pertenecer a un determinado círculo de creadores de cultura o «mafia autoral», cuyos miembros sin duda se apoyan mutuamente, pero hostilizan a otros. Hasta hoy, sigo sin pertenecer a grupúsculo alguno, soy libre y no estoy sometido a ningún movimiento ni persona. No estoy orgulloso de eso, porque una vida de luchador solitario también tiene desventajas. De todos modos, entretanto he aprendido lo que puedo hacer para resultar menos extravagante. En fin.

También yo tuve una relación *online*, de la que quería hablarte, porque cambió mi manera de ver la vida y me llevó a decir abiertamente lo que tenía que decir.

Tenía dieciséis años. Una chica —me pidió que la llamara Leila— me escribió para decirme que los textos que yo publicaba entonces le parecían artificialmente dramáticos e innecesariamente lúgubres. Discutí con ella, pero, como sabes, de esas discusiones surge una relación personal, y terminamos hablando de lo divino y de lo humano, y empecé a sentir algo por ella. Pasaba horas y horas con ella en el chat, postergando el colegio y el trabajo. En esa época, los enfrentamientos entre mi padre y yo se hicieron cada vez más evidentes: empecé a resistirme a sus instrucciones, iba al cibercafé contra su

voluntad y volvía a casa demasiado tarde o, a veces, incluso al día siguiente, lo que le hizo volverse tan hostil hacia mí que empezó a pegarme. La mayor preocupación de mi padre era no tener bajo control a uno de sus hijos. Así que inventaba mentiras que lo satisfacían y que me permitían seguir con mi vida como yo quería. En realidad, toda mi vida bajo la égida de mi padre fue una gran mentira.

Sea como fuere, después de haberme escrito con Leila durante meses sin haberla visto nunca ni haber oído siquiera su voz, le propuse hacer una videollamada. La rechazó, lo que me volvió desconfiado y me hizo sospechar que había inventado su identidad. Pero la razón era otra. Me escribió que, debido a un trauma infantil, había perdido el uso de la palabra. «¡Ajá! —le escribí yo con gran frialdad—. Siempre había querido investigar por qué te tomas la vida tan en serio». No sentía ni pena ni compasión. Mirando atrás, pienso que fui muy duro, aunque ella no pareció enfadarse por mi falta de empatía. La consideraba lo bastante madura e inteligente como para poder manejar un trauma. Pero cuando pienso en todo lo que a mí me ha pasado entretanto comprendo que un trauma puede cambiar la vida. Incluso si se consigue olvidar, siempre vuelve... cada vez un poquito más fuerte, cuanto más se envejece. Sin duda, las crisis también pueden fortalecerlo a uno, pero algunos golpes del destino solo te endurecen porque hay que seguir viviendo, y no estoy seguro de si no hubiera preferido una vida en la que se me hubiera ahorrado lo peor.

Seguimos escribiéndonos, sin poner etiquetas a nuestra relación. Un día, me habló de un hombre del que se había enamorado, pero que era inalcanzable para ella, mientras yo me enamoraba cada vez más. Poco antes de empezar a estudiar en la universidad, le escribí (por aquel entonces aún era religioso, de una manera espiritual):

Te quiero, Leila. Mi corazón está hecho de órbitas en cuyo centro se encuentra Dios. Él es la fuente de todo amor, y

me ayuda a dar a cada amor su correspondiente medida. Pero, si pongo el amor imperfecto a un ser humano en el lugar del infinito amor a Dios, las vías circulatorias de mi corazón perderán su ritmo, y el amor morirá. Siento que, para mí, ahora estás en el centro. Eso lo destruirá todo, y me reducirá a los deseos físicos. Por eso, tengo que abandonarte.

El final de aquella difusa relación fue lo peor por lo que, desde el punto de vista espiritual, había pasado nunca hasta aquel momento. Pero la separación me ayudó a encontrarme a mí mismo. Antes siempre había intentado hacer las cosas al gusto de otro o despertar su interés. Desde aquel momento, fue más importante para mí ser sincero, incluso si a los demás les parecía descortés o rudo.

¿Quieres saber cómo escribía entonces, con dieciséis años?

Las mujeres que quieren acercarse a mí temen a la manada de lobos que desde hace tiempo ha crecido en mi pecho. Leila pasa lentamente de largo y acaricia las cabezas de los lobos, que le sonrían.

Por desgracia, no tengo un viejo cuarto de niño al que poder volver. Tras la revolución tuve que mudarme varias veces, tanto en Siria como después. Pero siento curiosidad por saber qué fue lo que olvidaste en tu habitación y ahora vuelves a descubrir.

Adonde hemos llegado es a que, cuando te confesé mi amor, sabía que estarías en el centro de todas las cosas, y sonreí feliz para mis adentros.

Abmad

¡Quasimodo! ¿O debo decir señor Akakievich?

Le agradezco este recuerdo paralelo.

Ya es en sí mismo fascinante cuántas vidas ha hecho posibles el primer Internet y cuántas otras hace posible hoy, al permitirnos comunicarnos incluso por encima de los límites lingüísticos. Estoy asombrada de lo que ha mejorado el *software* de traducción: al menos, espero que con una mala traducción automática se pierda menos que si nos escribiéramos en un torpe inglés.

En cualquier caso, mientras leía pensaba que habrías podido ser un desconocido en mi vida, pero por fortuna nos hemos encontrado pasados los treinta años, cuando los hombres han dejado de ser lobos y las mujeres han dejado de buscar a los lobos. ¡Pero también entonces yo habría considerado muy emocionante a un escritor! Por desgracia, durante mucho tiempo no conocí a nadie que escribiera, ni poesía ni prosa, por lo que imaginaba a los escritores como los de *El club de los poetas muertos*: viriles, fervorosos, saltando encima de la mesa. De alguna manera impresionantes, pero de alguna manera, también, no eran mi mundo.

Ahora mismo tengo que apresurarme un poco, vamos a comer, así que te diré brevemente tres cosas que, además del librito *El club de los poetas muertos*, me llaman la atención en mi cuarto de niña:

1. Amapolas reproducidas en láminas baratas y postales. Estaba fascinada con esas flores, que centellean rojas en medio de paisajes desolados, así que —y con esto te revelo uno de mis apodosos— me hice llamar así en distintas versiones *online* y más tarde incluso me tatué una amapola en la pierna.
2. Una bandera de Canadá. En décimo curso tomé parte en un intercambio de estudiantes y estuve por primera vez entre personas de ascendencia asiática de mi edad. Una profesora canadiense me dijo que tenía

- talento y lo había hecho muy bien. Nunca había oído un cumplido así en labios de una profesora alemana.
3. Una foto mía y de una compañera del colegio en París, hecha con una cámara digital. Hubo épocas en las que tuve amigas con las que por desgracia ya no estoy en contacto, ella fue una. Estábamos en el curso avanzado de francés (una especie de asignatura troncal de último curso), imitábamos en todo a *Las chicas Gilmore* y acabamos alejándonos a causa de su relación de entonces, que hoy calificaríamos de tóxica.

La verdad es que había olvidado por completo esta última foto y la historia que había tras ella, pero pensé en mencionarla cuando posteaste aquel día una foto de un puente. ¿Qué significaba? ¿Los puentes son tus amapolas? ¡Por favor, no me tomes a mal el desorden!

Tu coquelicot

عزيزتي فانيسا،

Me he preguntado si te envidio porque pasas las navidades con tu familia, mientras yo estoy solo. Pero, en realidad, me siento feliz de estar solo. Sé que los encuentros familiares en Navidad pueden ser muy gratificantes, pero también son, en todo el mundo, un pretexto para poner sobre la mesa problemas de familia.

En lo que a los puentes se refiere, ya en Damasco tenía una relación especial con ellos. Estudiaba Matemáticas, y la universidad estaba en la inmediata proximidad de uno de los mayores puentes de la ciudad y, como en Siria todo lo que es grande y famoso tiene que llevar el nombre del dictador, se llama الرئيس، «Puente del Presidente». Se tiende por encima de una animada

calle principal y sobre el río Barada, que fluye junto a ella, y que no es más que un arroyo casi seco. Al mismo tiempo, debajo del puente se encuentra una estación de autobuses desde la que se puede ir a todos los suburbios de Damasco. Allí, delante de un muro antiguo, los mercaderes callejeros vendían electrodomésticos baratos, ropa y objetos de contrabando traídos del Líbano. A mí me atraía siempre el puesto de los libros viejos. Pero sigamos en el puente.

Yo estaba a menudo en ese puente, que sin duda estaba rodeado del mayor ruido de la ciudad, pero a mí me resultaba tranquilizador, porque el viento engullía todos los sonidos. Durante mis estudios, me encontraba allí con compañeros para discutir de política, religión y sociedad, a veces incluso iba solo, a poner en orden las ideas, y luego volvía para encontrarme con mi novia de entonces. El «Puente del Presidente» era el lugar en el que me libraba de mi vida cotidiana y buscaba cosas nuevas.

Después de empezar la revolución siria y de todas las pérdidas que trajo consigo, y después de que el servicio secreto me dejara en libertad, una noche fui al puente y miré abajo. Estaban pasando dos grupos de coches: los que salían del puente tenían las luces rojas y los que se acercaban, blancas. Me parecieron como dos ejércitos, uno victorioso (el de las luces blancas) y otro vencido (el de las luces rojas). Fue una idea agobiante, a la que estuve dando vueltas mucho tiempo. Entonces, un transeúnte me empujó sin querer y me volví hacia la otra dirección. En ella, los coches de las luces rojas ahora las tenían blancas, y viceversa.

¿Quiénes eran ahora los vencidos y quiénes los vencedores? Lo mismo sucedía con la revolución, que se había tornado en una guerra civil. De pronto, los supuestos vencedores habían sucumbido y los perdedores ganaban, y al instante siguiente todo podía volver a ser distinto... Y sigue indeciso hoy.

A principios de 2013 logré escapar de Siria a Jordania. Mis primeros dos intentos habían fracasado, porque una normativa nueva prohibía a los jóvenes sirios traspasar las

fronteras. En mi tercer intento pagué a una contrabandista para que se hiciera pasar por mi esposa...: las parejas aún podían salir del país. Sin embargo, poco antes de llegar a la frontera encontré un libro de familia sirio que, al parecer, alguien había perdido. Un libro de familia es algo así como un pasaporte o un documento de identidad de una familia entera. La gente del Ejército Sirio Libre, que organizaba los cruces de la frontera, me habló de una mujer, que tenía tres hijos, que no podía ir a Jordania porque eran palestinos. Llevaban meses en la frontera, y en Siria lo habían perdido todo. Era mi último intento de llegar a Jordania, porque ahora los jordanos registraban a todos los visitantes con un escáner del iris, y si me hubieran rechazado, no habría podido probar otra vez. Aun así, no dudé en llevar conmigo a la madre palestina con sus hijos en lugar de a la contrabandista a la que ya había pagado.

Porque también mi madre me había llevado desde Damasco, cruzando puestos de control del ejército, a un lugar desde el que pude llegar al pueblo de nuestra familia en Daraa, al sur de Siria.

Y era su madre, es decir, mi abuela, la que me había llevado, cruzando los puestos de control del régimen y de las milicias islámicas, a Mzeirib, en la frontera jordana.

Así que para mí las madres siempre eran puentes, y esta vez yo quería ser un puente para aquella madre. De hecho, nos dejaron pasar y rechazaron a la otra mujer, porque había pasado ya varios hombres al otro lado de la frontera. Cedí a la palestina el libro de familia, la tienda de campaña que nos habían asignado en el campo de refugiados y el abono de Naciones Unidas para comprar productos de primera necesidad, y emprendimos caminos separados.

Me las arreglé sin papeles en la ciudad más próxima, y pocos meses después fui a Ammán. Cuando, cuatro años después, quise poner en orden mi identidad, el funcionario me preguntó con qué nombre había entrado en el país. Ya

no lo sabía. Tan solo me acordaba del nombre de aquella madre: Fátima.

Allí en Ammán no había ningún río, ¿puedes imaginártelo? ¿Cómo se puede construir una ciudad sin agua? Vaya una mala idea. Incluso corre el chiste de que los jordanos sonríen tan poco porque les falta el agua. El agua trae alegría. Pero incluso en aquella ciudad de cemento encontré puentes, y me gustó la idea de que hubiera puentes sin haber ríos. En realidad, el puente más bonito de Ammán era a la vez el peor, de él se lanzaban personas a la muerte, una y otra vez, y aterrizzaban en el asfalto entre los coches.

He visto tantos puentes en distintas ciudades, y con algunos me une una historia personal. Cuando vine a Alemania, al principio viví al borde de un bosque. Tenía una residencia de escritura en la Heinrich-Böll-Haus, en las cercanías de Düren. Allí descubrí un puente que me gustó especialmente. Cuando viajé por primera vez de Düren a Berlín, me asusté: fue como si el ruido de la gente absorbiera mi recio cuerpo. Quise irme lo más rápido posible, pero tenía que ir a Berlín una y otra vez, a lecturas y otros actos públicos, así que me busqué lugares de la ciudad en los que poder concentrarme y encontrar la calma.

Berlín es más que una ciudad. Berlín es como una granada llena de granos, y cada grano es una ciudad por sí sola. Y el azar quiso que también allí encontrara un puente, que se convirtió incluso en uno de mis lugares favoritos. En el puente del ferrocarril de la Friedrichstrasse me tranquilizo y encuentro mi ritmo. Voy cuando quiero recuperarme del ruido de la ciudad y de la corriente de los pensamientos generales y particulares. Desde allí puedo ver la ciudad al revés. Hasta ahora, mi idea de un puente era una construcción de hormigón en el centro de una ciudad, y debajo pasa un río. Este puente está construido de hierro y acero, por encima del paso de peatones pasan las vías del ferrocarril suburbano y debajo corre el río Spree. Y, como el agua es hija del cielo,

aquel puente me hizo pensar que el camino pasa por encima de mí y debajo de mí resplandece el cielo. El mundo al revés.

Llevo tanto tiempo hablando de puentes que probablemente estarás en tu cuarto y pensarás: «No quiero volver a oír la palabra “puente” durante los próximos diez años». ¡Pero tú eres la que has preguntado!

Ahmad

Querido Ahmad:

Me quedo con tu metáfora de las madres como puentes. En mis estudios me he dedicado a las culturas de todo el mundo que ven a las madres como portadoras de valores, como eslabones entre las generaciones y los miembros de las familias. Deben mediar y cohesionar, incluso más allá de las fronteras familiares. Con el fortalecimiento del nacionalismo, en el siglo XIX, ese papel fue instrumentalizado: la madre como nación, la nación como madre. En el constructo patriarcal, se asignó a las mujeres de una nación la tarea de la reproducción biológica e ideológica precisamente de esa nación. No hay más que pensar en el retrato de Marianne que hay en el cuadro de Eugène Delacroix *La libertad guiando al pueblo* (1830), en la figura similar a un ángel del mural de John Gast *American Progress* (1872) o en las estatuas de Britania, Germania y la madrecita Rusia. En el curso del movimiento hacia la independencia, a finales del siglo XIX, en la India surgieron imágenes de una *Bharat Mata* («Madre India»), y también en América Latina hubo cuadros de madres dispuestas al sacrificio que encarnaron la resistencia anticolonial en guerra, por ejemplo *El repase* (1888), de Ramón Muñiz. A las mujeres de verdad, esas alegorías les servían de poco, su papel seguía siendo subordinado, en la casa y junto al fogón.

Por eso, me estremezco cuando se estiliza a las madres, también en tus palabras resuena cierta estilización, aunque sé que escribes acerca de tus experiencias personales y sientes gran aprecio por tu madre, tu abuela y la mujer palestina. Asimismo me gusta la idea de que esas figuras maternas no marcan fronteras, como en el contexto del nacionalismo, sino que las abrieron para ti. Pero me gustaría que fuéramos capaces de despolitizar a las madres y dejar de usarlas como alegorías, y de esa manera humanizarlas e individualizarlas.

Cuando, por ejemplo, pienso en mi propia madre, pienso en una mujer pequeña pero firme, cuyas miradas temía de niña, porque no prometían nada bueno. No necesitaba decir nada para condenarnos a los niños... y, ay, si no se encontraba una excusa a tiempo. Prefiero dejar a un lado los detalles, porque no harían justicia a su actual manera de ser, asombrosamente relajada y jovial.

Pero ¿quién puede tomárselo a mal? A los dieciocho, ya había abandonado a su familia y su país y había construido una nueva vida en Europa sin ahorros, sin conocimientos de idiomas y sin una red de protección. Algunos días trabajaba tres turnos y sacaba así a flote a su marido temporalmente enfermo y a sus tres hijos. Nunca la oí quejarse, al contrario, constantemente nos exhortaba a los niños a hacer más y a aguantar más. Tampoco la vi nunca llorar durante mi infancia. Ni se sentaba con nosotros por las noches para preguntarnos por nuestras preocupaciones; para escucharnos o ponernos la mano en la frente o el pecho; para cantar una canción. Nunca la he oído cantar. Ni susurrar. Ni contar. No hacía nada de lo que hacen las madres en los libros de cuentos. ¿Cómo iba a hacerlo si de madrugada trabajaba en la panadería, durante el día en la envasadora de pepinos y por las tardes en el restaurante? No se lo reprocho, pero tampoco convierto su dureza en heroísmo.

Escribes de las madres como puentes; si mi madre era un puente, solo iba en una dirección: hacia un futuro que ninguno de nosotros podía imaginar. ¿Es eso lo que hace la

emigración con la gente? ¿Mutilar los puentes? Sé todo lo que, en su opinión, había que hacer para alcanzar una vida mejor, pero no de dónde venimos, quiénes somos. Desde que tengo memoria, recopilé trabajosamente relatos, referencias históricas, imágenes y palabras e intenté construir una historia con ellos.

Hasta ahora he llegado a esto:

Mi madre es la mayor de cinco hermanos, cuyos nombres empiezan todos por H: Hằng, Hiền, Hằi, Hu'ò'ng, Hùng. Sus padres dirigían una pequeña empresa frutera en Hu'ng Yêh, no lejos de la capital, Hanói, por eso ella sabe cortar muy bien las piñas; y como la empresa tenía buenos contactos con el partido, mi madre consiguió el especial privilegio de ser enviada a Bulgaria con un contrato de trabajo en 1983. Allí trabajó en distintas fábricas, conoció a mi padre, se casó con él y, con la descomposición del bloque oriental, en 1990, huyó con él a Alemania. Allí fue madre, yo fui su primera hija, y pocos años después su madre vino por primera vez a visitarnos. Así que durante unos días tuve una abuela, *bà ngoại*. No tengo recuerdos de aquella visita. Solo sé que me regaló una cadenita de plata en la que estaba grabado mi anterior nombre: Hằng Vằn.

Mi familia paterna vive en un pueblecito de la costa norvietnamita. Todavía recuerdo muy bien mi primera visita allí, porque ya tenía diez o doce años. Desde la enrevesada capital, se viajaba en autobús durante varias horas hacia el suroeste por polvorientas carreteras, y poco antes de la costa llegamos a un río pardo y lodoso. En la ciudad, aún podíamos escondernos en locales climatizados con paredes de azulejos y estridentes luces de neón, aquí nos derretíamos a la sombra y no podíamos hacer más que abanicarnos unos a otros un aire ardiente y húmedo y entregarnos a la imprecisa duración del trayecto.

Cruzaba el río un transbordador enrojecido por el óxido, un *phà*, que rateaba y chapoteaba y viraba de manera tan

pesada como precisa, para mí aquello era un gran espectáculo, y también todos los demás parecieron despertar de su coma de calor. Al otro lado nos esperaban ya tíos y primos con sus motocicletas, *xe máy*, que nos llevaron por una pedregosa carretera llena de socavones, a cuyo borde pastaban búfalos salvajes, *con châu*; las casas del pueblo eran bajas y tenían patios delanteros con suelo de hormigón en los que ladraban perros. Fuimos a ver a mi tío más viejo, Bác Hoàn. Por la pared de su casa trepaban buganvillas de color violeta, *hoa giáy*, y pitayas rosadas, *thanh long*. Bác Hoàn también tenía un estanque cuadrangular, *ao cá*, y pomelos, *cây bu'ổi*, que cargaban con tanta fruta que se desprendía y se caía al estanque y a nadie le importaba. Tenía que mencionar estas palabras vietnamitas, mis favoritas, y lo siguen siendo.

Pero la impresión paradisíaca no tardó en esfumarse. Para ir al baño había que entrar en una oscura casita en el patio interior, llena de chinches pardas y cucarachas gigantes; cocinaban en fuegos abiertos; dormían en camas de madera sin colchones; por las noches me asustaban las gigantes polillas. Mis tías se reían mucho de nuestras caras de espanto. En medio del calor abrasador, plantaban arroz, fruta y verdura y vendían la cosecha en mercados o se la echaban de comer a los cerdos. Mis tíos trabajaban en la construcción. Contaban con lo suficiente para comer, pero para todo lo demás —facturas del médico, reparaciones, aparatos nuevos, colegios— tenían que pedir ayuda a parientes de la ciudad o del extranjero. Todo el que ha podido ha dejado ese pueblo, ese lugar hermoso pero maldito al que llamamos patria (*quê hu'o'ng*), aunque solo lo es desde hace poco.

Originariamente, lo supe durante el viaje, mi familia procede de la siguiente ciudad en tamaño, Nam Định. Un personaje al que en este contexto todos los miembros de la familia mencionan con respeto es el patriarca, mi abuelo, *ông nội*.

Hay muchos relatos sobre él, todos coinciden en que durante toda su vida fue un hombre agudo, generoso y con

sentido del humor. Difieren en si su bondad era una fortaleza o una debilidad. Desde 1858, Francia había sometido a su poder distintas partes del sur de Asia, entonces «Indochina», y empleado para ello agentes locales; mi abuelo, como traductor, era uno de ellos. Con la derrota de los franceses en 1954 y la posterior toma del poder por los comunistas, los colaboracionistas fueron brutalmente exterminados y expropiados. El que pudo escapar huyó al sur o directamente al extranjero. Pero mi abuelo no quería abandonar Vietnam y rechazó la oferta de ser evacuado a Francia. Se limitó a huir al campo, creyendo que como traductor no había hecho daño a nadie, y lo perdió todo. «No volveremos a levantar cabeza», le dijo a mi padre, y mi padre me lo dijo a mí.

En el pueblo, mi abuelo se convirtió en un pescador de gambas con sentido de la sátira y de la poesía. Cuando dejó de tener dinero para papel y lápices, formulaba sus versos en la cabeza y los recitaba como regalos a los huéspedes o en las fiestas familiares. Hoy en día, parientes y vecinos siguen citándolo, a mí se me quedó grabada una frase: *Tôi chỉ tiếc bụng không có gì để bóp* / *Lo único que lamento es que mi estómago no tenga nada que amasar.*

Mi padre nació precisamente en el año del cambio de poder, 1954. Como hijo de un colaboracionista, fue condenado al trabajo en el campo y no pudo ir a la universidad, aunque amaba la literatura y siempre fue una persona deseosa de saber. Frustrado, emigró, se abrió paso a través de Bulgaria hasta Alemania, donde en 1990 solicitó asilo, pero le fue denegado, igual que toda posibilidad de formación. Por aquel entonces, ni siquiera había cursos de alemán para los que buscaban asilo. No tenía documentos de residencia, ni dinero, ni permiso de trabajo, ni libertad de movimientos. Así que, como ya había hecho mi abuelo, contaba historias de memoria. Yo amaba sus relatos de dragones y tortugas, pero eran momentos inusuales que, por desgracia, se volvieron cada vez más inusuales, porque en algún momento pudo

trabajar: solo encontró empleo en el matadero y, durante un breve período, también en la construcción.

Así fue como mi vietnamita fue desapareciendo y me alejé de mis padres y, por tanto, también de mi familia. El único vínculo que me unía a ellos era la lengua francesa, que pude aprender en el colegio y mejorar por mis propios medios. Se convirtió en mi puente hacia un pueblo sin puentes, hacia la familia que ya no iba a serlo, hacia el pasado de borrosas anécdotas.

¿Tú sabes más de tu historia familiar? ¿La buscas? ¿Habláis de ella? Sé que hace mucho que no ves a tu familia, que no puedes verla, pero me parece hermoso que hables por teléfono con tu madre todas las semanas, como si estuviera a pocos kilómetros de distancia, y que tengáis un idioma común.

En una ocasión, mi padre me pidió que escribiera un poema para el cumpleaños de mi abuelo, ya no recuerdo cuál. «Seguro que *Ông nội* no desearía otra cosa», dijo, y yo acepté más por sentido del deber que sinceramente motivada. «Podría ser en francés», dijo mi padre. Por supuesto que escribí el poema en francés, no teníamos otra lengua escrita en común. No me acuerdo del contenido, y probablemente fuera del todo banal. Pero muchos años después supe que había conservado el poema junto a su cama hasta el día de su muerte.

Hồng Vân

حبيبتي فن،

Mientras leía tu carta, no podía evitar pensar todo el tiempo que sin duda tú habías nacido aquí, pero tu vida y tu pensamiento se basaban en la emigración. ¿Cuándo, pensé, podrás empezar a vivir tu corta vida sin pensar constantemente de dónde vienes?

Nunca he sentido la necesidad de averiguar de dónde procede originariamente mi familia. Y eso que Katlesh (de hecho, قطليش) es incluso un apellido inusual. A veces bromeamos diciendo que quizá no seamos árabes, sino que descendamos de los otomanos, es decir, que en realidad seamos turcos, pero nunca he investigado esa teoría. ¿Quizá debería hacerme alguna vez una prueba de ADN?

Este año llegué a olvidar que soy un inmigrante o, mejor dicho, un refugiado. Reservé un billete de avión a Belgrado para permitirme salir unos días de Berlín. Por supuesto, me informé sobre si podía viajar a Serbia, y confié en la información de que las personas con permiso de residencia para los países del espacio de Schengen y la Unión Europea no necesitaban visado. Sin embargo, me detuvieron en el aeropuerto, y me pasé en la zona de retención todo el tiempo que pensaba pasar en Belgrado. Dijeron que la exención de visado no valía para refugiados, a lo que solo pude responder riéndome y proponiéndome no olvidar nunca más, en ninguna circunstancia, que soy un *refugiado*. Parece ser una característica que tenemos que exhibir en todas partes.

¿Sabes qué me preocupa ahora mismo más que mi origen? Los olores y lo que tiene que ver con nuestro entorno social. Déjame que te cuente una historia.

Después de que la policía del aeropuerto me quitara el móvil y el portátil y me llevara a la celda de arresto, me asaltó un olor espantoso. Había una larga sala al final del aeropuerto, paralela al vestíbulo, por la que pasaban todos los que llegaban. Desde la celda, podía oír el humor bueno o malo con el que hablaban de su viaje. Lo que separaba mi celda del mundo exterior era el olor, que era lo que convertía aquella estancia en cárcel, más aún que las paredes. Un olor putrefacto, distinto del de todos los aeropuertos del mundo. En él se mezclaban el olor a café, a perfumes de las tiendas libres de impuestos y a sudor de pasajeros tensos. Un olor barato a bienestar.

La celda medía más o menos treinta por diez metros. A la entrada, cerrada, había una garita con cristal de espejo, desde la que la policía podía vernos, pero nosotros a ellos no, como si fuéramos animales en un zoo. Los funcionarios de guardia podían escuchar cómo los insultaban, en los más variados idiomas y dialectos, cubanos, tunecinos, sirios, marroquíes y otros inmigrantes que querían entrar en la Unión Europea a través de Serbia y habían destruido para hacerlo todos los puentes que quedaban atrás, pero ahora solo podían esperar que los devolvieran a sus países de origen. Aquello me tocaba muy de cerca. Pensaba en mi propia fuga y sabía que en este caso podía volver a Berlín, mientras que aquellas personas dignas de compasión iban a ser enviadas al lugar en el que posiblemente su vida estaba en peligro. Al otro extremo de la sala había otra puerta, que no se podía cerrar. Conducía al cuarto de baño y un lavabo con moscas en el suelo y cuyas paredes tenían letreros en muchos idiomas, allí ponía de todo, desde الله أكبر (*Allahu akbar*, traducido «Dios es el más grande») hasta «FAK BOLES», probablemente *fuck police*, pero ¿entenderían los guardias las faltas de ortografía?

El peor olor procedía de las mohosas mantas, que me recordaban a las sábanas del ejército de los soldados sirios. Probablemente no las lavaban durante meses, y las utilizaba la gente que dormía en los bancos de espera. Una anciana cubana había venido con su hijo y los hijos de este; habían intentado llegar a la UE a través de Rusia y Serbia. En la celda, había extendido varias mantas en el suelo repleto de colillas y se había acomodado encima. Cada vez que yo iba al baño decía: «How are you?», señalaba las mantas y el baño y se tapaba la nariz con repugnancia.

Hace cuatro años, poco antes de expirar la beca de literatura con la que había llegado a Alemania, solicité asilo. No podía volver a Jordania, porque allí había trabajado como periodista y tenido dificultades, y no podía volver a Siria porque tenía problemas tanto con el régimen de al Asad como

con las milicias islamistas. Una vez aprobada mi solicitud de asilo, no quisieron expedirme un permiso de residencia porque ponían en duda la autenticidad de mi pasaporte sirio. Me puse furioso, no por la dureza de la burocracia, sino porque ya en Jordania había vivido cuatro años sin pasaporte ni carnet de identidad. Tan solo tenía un certificado de ACNUR que me identificaba como refugiado. ¿Puedes imaginarte vivir en este mundo sin papeles que atestigüen tu identidad? No podía moverme libremente ni encontrar un trabajo regular. Trabajé para periódicos, emisoras de radio y portales de noticias, todo en negro y por menos dinero que los empleados regulares. Al mismo tiempo ahorraba para un pasaporte, que me costaría alrededor de seis mil dólares. También habría podido falsificar uno, pero hice todo lo posible por conseguir un pasaporte auténtico, y ahora lo ponían en duda.

Furioso, decidí ir a visitar a una buena amiga en París, aunque no me gustaban ni Francia ni los franceses debido a su historia colonial: también Siria estuvo un tiempo bajo dominio francés. Sí, creo que de una u otra forma todos somos racistas. Por supuesto, era una audacia viajar sin documentos de residencia alemanes a Francia, pero sencillamente tenía que salir de este país. Era mi forma de protesta contra el rechazo que ya había experimentado durante años en Jordania y durante meses en la frontera siria. Antes de llegar a París, unos policías recorrieron el tren para revisar los documentos de los viajeros. Naturalmente no los de los blancos, sino los de los no blancos. En la estación central de París, los policías de fronteras me llevaron al cuerpo de guardia y me preguntaron qué hacía allí. Enseñé una carta de la que se desprendía que mi petición de asilo había sido aceptada y les expliqué que aún no me habían expedido ni mi pasaporte ni mi documento de identidad. Estaba en París para visitar a una amiga. Hablé con seguridad y sin miedo, porque ya no tenía miedo a las cárceles. Los africanos tuvieron que pasar a una celda, a mí me hicieron esperar en la antesala.

Mi amiga me preguntó más tarde qué me había atrasado, pero no quise hablarle de ello. Me he acostumbrado a no sobrecargar con mis problemas a mis parientes, amigos. La policía me había dejado ir al cabo de dos horas, así que recorrí con esa amiga aquel París que odiaba. Cuando llegamos a su casa, le dije que olía como en la ciudad vieja de Damasco. Así que el olor de Damasco, que tanto me gustaba, era el olor del colonialismo.

Aquella noche, mi amiga me llevó a dar un paseo por el casco antiguo de París, y fue como si pudiera ver en él a Damasco con todas sus piedras, ventanas y calles, y así empecé a ver París con otros ojos. «Puede que Damasco esté controlada por el régimen de al Asad —pensé—, pero ahora estaba en otro Damasco, libre».

Ayer tuve una experiencia parecida, aquí en Berlín, en el teatro. Aunque últimamente he ido a menudo al teatro, esta vez fue distinto: era como si oliera igual que en el teatro Qabbani de Damasco, al que antes yo siempre iba solo para escapar de mi entorno social. Por aquel entonces, ir al teatro era para mí un placer especial, pero también raro, porque además de estudiar tenía que trabajar. Para compensar, leía obras teatrales de famosos autores y buscaba en Internet vídeos de las representaciones. Hasta hoy, sigue gustándome lo mismo ver obras dramáticas en mi portátil que en el escenario. Pero ayer percibí en el teatro aquel olor damasceno y, después de la representación, pensé «si antes, en Damasco, después de cada obra, paseaba un par de horas por la ciudad, quiero hacerlo también aquí y ahora». Caminé en medio del frío por la orilla del canal helado hasta llegar a casa. En mi nueva vivienda no olía a nada. Me habría gustado tanto que oliera a mí y que los que vinieran a visitarme dijeran que el olor pegaba conmigo. Pero la casa aún no ha adoptado mi olor, quizá porque aún no sé si quiero tener una casa, o si quiero que esa casa sea la mía.

¿Por qué buscamos nuestro pasado en todos los futuros? Si hoy me preguntaras si volvería a Damasco si pudiera, respondería con un «no». He leído alguna vez que no son los lugares